



René Descartes

¿Dedónde sacó Descartes la audacia de hacer *tabula rasa* de lo pensado y arrancar casi de cero, del “pienso, luego existo”, salario mínimo, como dice Reyes, de la certeza?, ¿de dónde le vino el atrevimiento? Paul Valéry afirma que de sus precoces descubrimientos en geometría. En 1619, es decir, a los veintitrés años, cerca de Ulm en Alemania, y de una enorme estufa para calentar la habitación (siempre fue muy friolento), René tuvo, cuenta Bernard Williams, “una visión intelectual de la ciencia matemática, y la misma noche tuvo tres sueños más, (...) los cuales le revelaron una *scientia mirabilis*”. Razón por la que hizo promesa, y la cumplió, de ir a agradecer a la Virgen de Loreto.

Todo indica que se trataba del descubrimiento de la geometría analítica, gran hazaña matemática de Descartes. Ésta es, como se sabe, el procedimiento para aplicar el álgebra a la geometría por el cual, mediante los ejes cartesianos (Cartesio es Descartes en latín), toda figura puede tener su expresión algebraica.

El programa filosófico de Descartes es característicamente radical: se trata de buscar la certeza y para ello poner en duda todo conocimiento, mediante argumentos escépticos, hasta vernos reducidos a una mínima evidencia de la que no podemos dudar, ésta es el famoso *cogito ergo sum*, pienso, luego existo. Y a partir de ahí reconstruir el conocimiento cierto, conocimiento que, en los razonamientos de Descartes, conduce a esta metafísica: todo cuanto existe puede ser una de dos sustancias, o bien cosa ex-

tensa, materia, cuerpos, o bien cosa pensante, pensamientos, imaginерías, recuerdos. Todo lo material se mueve mecánicamente, incluidos los animales, cuyo *status* no es, pues, más que el de máquinas complejas, verdaderos autómatas predeterminados sin interioridad posible. Visión que, como se aprecia, es claramente moderna (si excluimos, tal vez, a los defensores de los animales).

El 16 de mayo de 1643 Isabel de Bohemia plantea en una carta al señor Descartes este problema: “¿de qué forma puede el alma del hombre determinar a los espíritus del cuerpo para que realicen los actos voluntarios, siendo así que no es el alma sino sustancia pensante?”. Es decir, cómo puede un modo de sustancia actuar sobre el otro. En su respuesta a la princesa, el 21 de mayo, Descartes da vueltas, tartamudea, propone vage e inútilmente el símil de la fuerza de gravedad, pero en definitiva no puede dar respuesta a la pregunta formulada por Isabel. Después diría, siempre entusiasta de la anatomía, que el lugar de encuentro de las dos sustancias es la glándula pineal (lo que tampoco resolvía el enigma).

El problema quedó en herencia a los pensadores posteriores, que fueron todos y cada uno de quienes desfilaron después de él, porque, como decíamos, Cartesio parte en dos la historia del pensamiento. Él es el primer filósofo verdaderamente moderno. Y leerlo es delicioso, primero, por su rapidísima y brillante inteligencia; segundo, por su cristalino estilo, Descartes es en verdad un prodigioso escritor, el *Discurso del Método*, escrito en francés, y no en latín, es una obra maestra, tan simple que “puede ser comprendida hasta por las mujeres”, declara; tercero, porque nunca fue profesor y diseñó toda forma de tecnicismos y oscurida-

des, la suya fue una voluntad de sencillez y claridad, dirigida a todo gentilhombre interesado en reflexionar, y no sólo, como en el presente, a los otros profesores. Descartes es uno de los pensadores más democráticos que han existido, constantemente preocupado por el mejoramiento intelectual de la gente.

Fue Descartes un caballero de su época, hábil con la espada, escribió parece un tratado de esgrima, y en la compleja etiqueta cortesana, buen jinete, imagínalo a caballo y con sombrero de ala ancha con gran pluma blanca. Era retraído, gustaba más de investigar y meditar que de la vida social, pero nada muy laborioso. Trabajaba por lapsos cortos de intensa y total concentración. Fue católico toda su vida, no se casó, pero se unió a Helena Jans y engendraron una hija, Francine, quien murió a los cinco años de escarlatina, golpe que constituyó, desde luego, el mayor dolor en la vida del filósofo.

La Universidad ha publicado sobre René Descartes un libro eminente, se trata de *Descartes: el proyecto de la investigación pura*, del filósofo recientemente fallecido, profesor de Cambridge y de Oxford, Bernard Williams. Un filósofo esclarece a otro. No quiero engañar y no voy a decir que es un libro fácil de leer, es un libro minucioso y bien pensado y bien argumentado, por tanto, hay que estar atentos para seguirlo. Pero está muy lejos de ser invencible y con un poco de voluntad y atención puede leerse. Digamos que los estudios de filosofía pueden dar comienzo con la lectura del *Discurso del Método* y proseguir con el estudio de este sutil y formativo volumen de Bernard Williams.

Sólo resta decir que se agradece la pulcritud y buena mano de la traducción de Laura Benítez. [U]